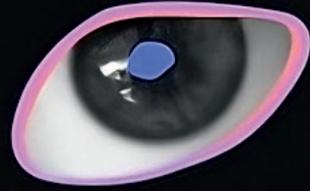
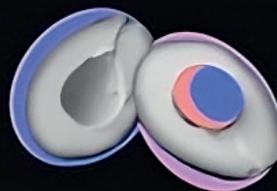
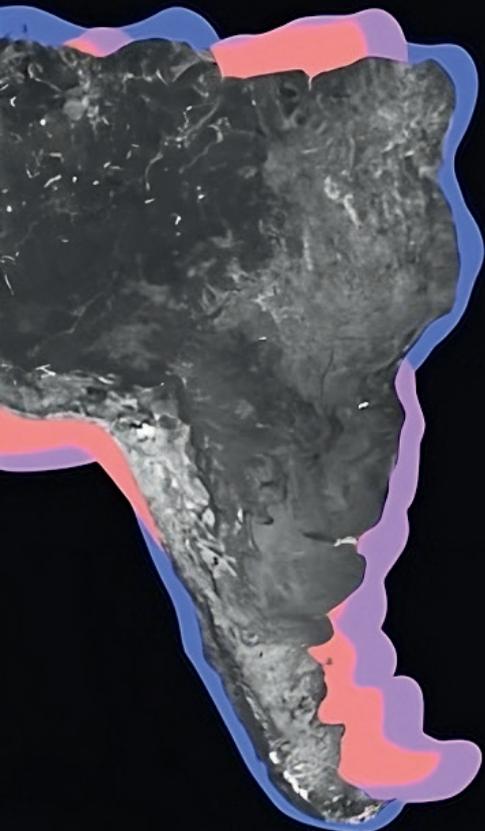


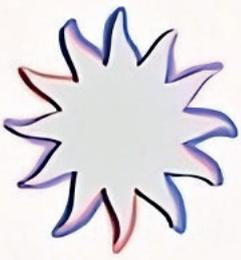
Encuentro sudamericano de liderazgos emergentes
Santiago de Chile - 2023



Construir Futuro



 Red Futuro





Carta al futuro

En las últimas décadas, los pueblos de América del Sur emprendieron proyectos de transformación social, afirmando su soberanía y ampliando los procesos de democratización, creciendo económicamente y permitiendo que millones de sudamericanos y sudamericanas salieran de la pobreza, accedieran a derechos sociales y pudieran desarrollar sus expectativas colectivas e individuales. Estos procesos se enfrentaron a fuerzas de restauración neoliberal y conservadora que, incluso recurriendo muchas veces a métodos golpistas y violentos, produjeron graves retrocesos.

Desde el inicio del siglo XXI, el despliegue de nuevos y dinámicos movimientos sociales, como los feminismos y las diversidades, los estudiantiles, los ambientales, los movimientos indígenas, afrodescendientes y de las diversidades étnicas, la economía popular y otros, manifestaron la resistencia de los pueblos latinoamericanos y su voluntad de seguir impulsando la construcción de sociedades más justas y equitativas.

Estos movimientos contribuyeron decididamente a la construcción de nuevos procesos de unidad entre los sectores populares de nuestros países y aportaron a las recientes victorias electorales de los sectores democráticos, de izquierda y progresistas.

Construir un horizonte político común es especialmente relevante en América del Sur, una región que comparte una historia común, una geografía interconectada, y desafíos hermanables. Una región que ya tiene una historia de intentos de integración en la que apoyarse. Y también una gran deuda de emancipación como una voz autónoma y potente en la arena global. Queda cada vez más claro que hay desafíos que solo podemos enfrentar conjuntamente.

Las dificultades para la articulación política en América del Sur agudizan la incertidumbre generada por el cambio de época que atraviesa el mundo. El fracaso de las promesas de la globalización quedó en evidencia en la pandemia de Covid-19, particularmente devastadora en nuestro continente.

La pandemia nos arrebató casi un millón y medio de vidas en un lapso de tiempo de apenas 2 años, y nos dejó como secuela un incremento de 3,2% de la pobreza. La guerra entre la OTAN y Rusia agrava la crisis energética, alimentaria, económica. La crisis climática y ecológica nos desafía a repensar nuestros modos de producción y consumo, sin lo cual estamos hipotecando la vida de las generaciones futuras. El incremento de la violencia, muchas veces asociada a los efectos del narcotráfico, amenaza con socavar la seguridad individual y colectiva de nuestras sociedades.

Las nuevas tecnologías de información, automatización y fabricación pueden ser potentes herramientas para enfrentar estos desafíos, implementando nuevos modelos de desarrollo ambientalmente sostenibles, y para fortalecer la comunicación e intercambio democrático. Al contrario, también pueden ser utilizadas como armas de depredación de nuestros bienes comunes, de precarización laboral y de propagación de discursos de odio y restringiendo los espacios democráticos a través de la concentración de los medios en manos de poderes corporativos.

Ante los evidentes límites de la democracia liberal, aumenta el asedio de fuerzas de ultraderecha, golpistas y violentas que se alimentan precisa-

mente de ese ambiente, que se apropián del sentido común y contactan con el malestar de importantes sectores de la población, ofreciendo salidas rápidas y cortoplacistas. Esto se convierte en una preocupación cada vez mayor para aquellos y aquellas que buscamos construir sociedades solidarias, inclusivas, diversas y participativas.

En este complejo escenario, urge entonces repensar las estrategias de las izquierdas y sus mecanismos de articulación, para construir nuevos horizontes, que convoquen y unan a los sectores populares, que tomen las conquistas y a su vez superen los límites de las experiencias del pasado, que encanten a nuestros pueblos con una democracia más vigorosa y atenta a sus demandas y sus sueños, que ubiquen en el centro de sus agendas temas, problemáticas, luchas y retos, relegados por las miradas economicistas de la transformación.

Este es el desafío que poseen compañeros y compañeras de la vida política sudamericana, que se incorporan con cada vez más protagonismo, participación y relevancia, asumiendo las luchas históricas de los pueblos, fortaleciendo y articulando la diversidad de actores sociales y nuevas agendas, debatiendo en confianza y actuando con creatividad.

Para ello, anunciamos la creación de **Red Futuro**, un espacio que tendrá como propósito contribuir con los nuevos discursos y prácticas de la izquierda sudamericana, fortalecer su unidad, combatir al neoliberalismo y la extrema derecha en todas sus manifestaciones, impulsar un nuevo modelo de desarrollo económico, defender una democracia participativa y radical e incorporar los nuevos fenómenos de resistencia y movilización popular a la histórica lucha por combatir las desigualdades. Esperamos que esta iniciativa contribuya para fortalecer el sueño de una patria grande libre, justa y soberana.

**9 de abril de 2023,
Cerro Huelén-Santa Lucía,
Santiago de Chile**



“El hecho de repensar y reimaginar la izquierda a la luz de los desafíos actuales, sin dogmas, sin tanta declaración, sino con actos concretos, es fundamental para darle continuidad a un proyecto político de cambio y transformación que se debe a nuestros pueblos”

Gabriel Boric, Chile



Construir futuro

Encuentro sudamericano de liderazgos emergentes



Con el objetivo de pensar un presente que se dirime entre una nueva ola progresista y las amenazas de la ultraderecha a las conquistas democráticas de los pueblos, el Encuentro Sudamericano de Liderazgos Emergentes **Construir Futuro** reunió más de 30 referentes políticos de nuestro continente en la ciudad de Santiago de Chile.

Fueron tres días de intenso trabajo, al calor de los lazos de fraternidad que nos hermanan, aunque exigidos por las principales incógnitas del periodo: ¿Por qué una nueva generación de liderazgos de la izquierda y el progresismo latinoamericano debe articularse?, ¿cuáles son los principales retos que vive hoy la región?, ¿qué objetivos u horizontes políticos y estratégicos pueden trazarse en común?

Aquí presentamos algunos diagnósticos, debates y propuestas compartidas que se elaboraron durante esos días y que derivaron posteriormente en la conformación de la **Red Futuro**, creada en el Cerro Huelén de la ciudad de Santiago; el legendario sitio inca de conexión con el más allá, el lugar desde el cual Pedro de Valdivia fundó la ciudad, y ahora, el lugar que escogimos para comenzar a configurar un nuevo momento de la izquierda sudamericana.

La democracia en peligro

Las derechas del continente han propiciado un escenario que merma la fortaleza de la democracia construyendo relatos que son fáciles de consumir por la ciudadanía y que eventualmente los vuelven alternativa política. La distancia entre el Estado y la sociedad, la migración y la crisis de seguridad, entre otros, han sido problemas capturados por la agenda de las derechas aportando en su capital político.

El narcotráfico y el crimen organizado que afectan a la población y su calidad de vida en los países de Sudamérica, son situaciones útiles para los discursos autoritarios. Ahí donde no está el Estado o este se ve corrompido, se genera el crimen organizado y ante la falta de autoridad, la derecha encuentra una oportunidad para crecer.

Será positivo para los pueblos todo el trabajo que se realice de manera integral entre los países del sur de América en materia de seguridad ciudadana. Combatir el narcotráfico, el crimen organizado y regularizar los flujos migratorios son desafíos que se deben abordar internacionalmente.

A diferencia de las derechas, la seguridad para la izquierda va más allá del resguardo a la propiedad privada, implica la integridad y seguridad total de la persona humana, aspirando al buen vivir que sólo entrega una salud, educación y seguridad social pública y de calidad. Seguridad para el buen vivir, seguridad que entregue paz y justicia.

La democracia es, por lo tanto, un pilar fundamental para lograr acuerdos en las comunidades políticas. Los partidos políticos de la izquierda en Sudamérica llevan en su memoria la importancia de esta para la sana convivencia y su relevancia para la protección de los derechos humanos.

Ante el avance del fascismo y los liderazgos autoritarios en el continente, es necesario levantar alternativas que sean capaces de hacer sentido en las mayorías, dando respuesta a los siguientes interrogantes que plantea nuestra generación: ¿Qué innovación es necesaria entregarle a la democracia? ¿Qué tipo de izquierda seremos? ¿Qué socialismo vamos a promover?



"Somos la tierra de la esperanza, porque mientras se matan en el resto del mundo, resulta que América Latina está hablando de paz, del cuidado de la Amazonia, del cuidado de la vida, de las mujeres latinoamericanas. O más bien, son las mujeres latinoamericanas las que están hablando fuerte, alto y duro en este continente".

Maria Jose Pizarro, Colombia





Un nuevo horizonte productivo ante el desafío del cambio climático

Diferentes son los frentes que se deben afrontar en materia económica y productiva, algunos de estos desafíos son de carácter mundial y otros guardan relación con el modelo productivo histórico que han desarrollado los países sudamericanos.

La pandemia primero y la guerra después han dejado una inflación a nivel mundial que afecta directamente la capacidad de consumo de las familias junto a su bienestar. Por otro lado, los gobiernos y Estados sudamericanos arrastran instituciones y mercados extractivistas que se encuentran alejados de la vanguardia tecnológica y con escasa capacidad de innovación

Mantener el extractivismo como se encuentra el día de hoy no solo implica perpetuar la dependencia económica y limitar el valor agregado de la producción atrofiando la capacidad de innovación de los sistemas económicos, también significa mantener el daño ecológico que generan las diferentes actividades de extracción.

Un cambio profundo en el modelo productivo será imposible sin el desarrollo de la ciencia y la innovación, y será contraproducente sin márgenes medioambientales que permitan una actividad responsable con la vida de nuestros pueblos y los recursos naturales de nuestro suelo.

Las nuevas tecnologías de la información y la automatización son oportunidades para enfrentar los desafíos del presente, como también posibles armas de depredación de los bienes comunes, para la precarización laboral y propagación de discursos de odio.

También debemos combatir la elusión y evasión de impuestos, lo que requiere de coordinación internacional. Una parte importante de la riqueza producida en nuestra región queda exenta de impuestos al ser trasladada a otros países. En una línea similar, es necesario avanzar en justicia tributaria que permita el desarrollo económico y el financiamiento de derechos sociales.

Los desafíos de la izquierda

Debemos defender los gobiernos de izquierda, consolidar el trabajo y solidarizarnos para habitar el Estado por nuevos períodos que permitan ejecutar programas transformadores. La única certeza que se tiene es la capacidad de generar alianzas, se debe articular no solo en la protesta ni solo en lo institucional, debemos ir más allá, tomando las conquistas y a su vez superando los límites de las experiencias del pasado, aprendiendo de los logros y los errores, enamorando a nuestros pueblos y militancias.

Es importante crear nuevas identidades políticas ante los nuevos desafíos. Construir una nueva agenda capaz de resolver las problemáticas actuales y abrir un nuevo ciclo político. Un nuevo pacto social en Latinoamérica como propuesta al mundo, para lo cual será importante incorporar nuevos actores y procesos sociales de toda la región.





"Hay una nueva polarización en cada una de nuestras naciones, cada vez más fuerte, con una extrema derecha fascista, que no tiene ningún compromiso, ni siquiera formal, con las libertades democráticas. Esto nos obliga a construir un campo de alianzas, más amplio, en defensa de la democracia".

Guilherme Boulos, Brasil



¿Segunda ola progresista Latinoamericana?

Retos y alternativas en el contexto mundial
por **Álvaro García Linera**

Conferencia magistral realizada el 8 de abril de 2023

Muy buenas noches a todos, a todas las personas que nos acompañan en este hermoso lugar, el Cerro Huelén. Es para mí un privilegio compartir este encuentro y las ideas con este conjunto de jóvenes líderes del continente. Me siento un poco nostálgico que me hayan invitado porque yo ya no soy joven; pero al verlos debatir, ver sus

ideas, sus dudas -menos que las mías, yo tengo más dudas que ustedes-, me han hecho recordar esa vieja canción que cantaban los izquierdistas en los años 70 de: “con 10 años de menos no habría esperado por sus proposiciones y hubiera corrido”. A estas alturas ya no cantaré con “10 años de menos”, cantaré “con 30 años de me-



Ciclos de acumulación económica y dominación política

nos”, pero en todo caso, espero que esto que están haciendo -de encontrarse- sea fructífero.

Tiempo atrás, los liderazgos y activistas que participaron en la primera oleada progresista latinoamericana, no nos conocíamos previamente. Nos tocó hacerlo sobre la marcha, con los apuros y limitaciones de la gestión estatal. En cambio, ahora, militantes de distintos países tiene la virtud de conocerse antes, de compartir criterios, de debatir sobre dificultades y producir comunidad de horizontes que, llegado el momento, podrán ser mucho más potentes a la hora de tener una mirada y un compromiso regional sobre el curso de nuestras sociedades. Por eso saludo con mucho entusiasmo lo que están haciendo.

Hoy quiero compartir con ustedes lo que vengo trabajando sobre el mundo y América Latina. Para comprender los procesos sociales latinoamericanos, tenemos inicialmente que enmarcarlos en el contexto mundial y, luego, hallar las especificidades y potencialidades propias de la región y de cada país.

El mundo está atravesando un momento de transición de fase, de una manera de organizar la economía y el Estado a otra manera diferente a la que prevaleció en los últimos 40 años. Las sublevaciones, crisis y cambios políticos que ha vivido América Latina en años recientes son parte de esta gran transición de fase histórica mundial; aunque no se ha definido aún la forma duradera de la nueva organización de la economía y el Estado que regirá los destinos de las sociedades en las siguientes cuatro o cinco décadas, que es lo que generalmente duran los ciclos de acumulación y de dominación.

En los últimos 100 años América Latina y el mundo han atravesado tres grandes fases o ciclos históricos:

- Desde finales del siglo XIX hasta los años 30 del siglo XX, el globalismo liberal.

- Desde los años 40 del siglo XX hasta los años 70, el globalismo moderado con Estado de Bienestar, Estado Desarrollista en América Latina y la ciudadanía corporativa de los sindicatos.

- Desde los años 80 del siglo XX hasta el año 2010, el neoliberalismo globalizado, las privatizaciones, el nomadismo laboral y el emprendimiento individualizado.

Hoy estamos presenciando el ocaso de este ciclo y, gradualmente, su envilecimiento; sin que estén claras las características de la nueva fase que habrá de reemplazarla.

En los últimos años las economías más poderosas del planeta, con excepción de China, han visto desquebrajarse los principios organizativos de su orden económico y han tenido que ir a contracorriente de las pregonadas “leyes naturales de mercado” que abrazaron durante décadas.

El crecimiento del comercio mundial respecto al PIB, que entre 1980 y al 2009 pasó del 12% al 19%; desde el 2009 hasta el año pasado ha caído del 19% al 15%. El índice de apertura económica que entre 1981 al 2009 pasó del 37% al 68%, desde el 2009 al 2021 ha caído del 68% al 55%. Los préstamos bancarios transfronterizos como porcentaje del PIB mundial, que del año 1997 al 2007 crecieron del 20% al 60%, del año 2008 al 2022 han caído del 60% al 35%. La inversión extranjera directa como participación del PIB mundial, el año 2000 llegó al 4%; el 2005 al 4,5%. En cambio, el 2021 cayó al 1,6%.

El Reino Unido, la quinta parte del poderío económico de Europa, se ha salido del mercado común europeo y ha preferido atrincherarse en su isla. El globalismo triunfante que arrasaba fronteras, ha sido sustituido por un patriotismo de grandes potencias lanzadas a guerras comerciales entre EEUU y China, entre EEUU y Europa. La Unión Europea ha impuesto restricciones arancelarias a China para la expansión de la interconexión telefónica 5G. Semanas atrás ha aprobado su “ley de represalias contra la coerción económica”, es decir, fundamentalmente un menú de aranceles contra las exportaciones chinas. EEUU ha aplicado aranceles a todo el comercio con China, desde un 5% hasta un 25%; en tanto que a la UE del 10% al 25% a sus exportaciones de acero y aluminio. La “libre empresa” ha sido reemplazado por lo que el premio nobel de economía Krugman ha denominado un nuevo tipo de “nacionalismo económico”.

EEUU ha aprobado el año pasado la ley CHIPS y la ley IRA para promover la producción y luchar contra la inflación. Ambas leyes movilizan alrededor de 400.000 millones de dólares para fomentar, proteger y subvencionar las industrias norteamericanas de la fabricación de microprocesadores y energías verdes. Como dijo el presidente Biden, los puentes, los microchips y el resto de las mercancías que

se vendan en EEUU van a ser hechos con productos norteamericanos, con tecnología norteamericana, por trabajadores norteamericanos. En respuesta a esto la UE ha promovido su propia ley de chips. No ha movido tanto dinero, pero ha puesto en juego 11.000 millones de dólares para subvencionar las industrias locales para que se produzcan microprocesadores en Europa y bajo la conducción de industriales europeos.

El año 2008 en la crisis y posterior recesión en que se tradujo, los países más desarrollados aglutinados en la OCDE han movilizado 446.000 millones de dólares, es decir el 1,5% de su PIB, para rescatar bancos en problemas financieros. Durante el COVID estos mismos países al 2021 han movilizado un esfuerzo fiscal extraordinario equivalente al 18% de su PIB y al año 2022 el 9% de su PIB ¿para qué? Para salvar empresas, para pagar salarios, para proteger las bolsas de valores y para ayudar a los accionistas. La “mano invisible del mercado” del discurso liberal está dando lugar a la mano amiga del Estado.

El gas ruso ha sido desglobalizado y ahora Europa tiene que comprar un gas que antes valía 6 dólares el millón de Btus -que es una medida térmica de un volumen de gas para el consumo - a 45 dólares. Las subvenciones europeas durante el año 2022 hasta

marzo del 2023 alcanzan, dependiendo los países, del 3% al 5% del PIB nacional. El “mercado seguro de los amigos” ha sustituido al “libre mercado” que beneficiaba a “enemigos”.

No es raro que a raíz de esta modificación de las reglas de la economía mundial el Fondo Monetario Internacional en su informe del mes de marzo del 2023 se lamenta de la fragmentación geoeconómica a la que se dirige el mundo. En tanto que el Banco Mundial en su último estudio sobre el crecimiento mundial, sentencie: “Todas las fuerzas económicas que impulsaron el progreso y la prosperidad durante las últimas 3 décadas se están desvaneciendo”.

Hace semanas atrás se ha producido otra crisis bancaria ¿Quiénes han salido a rescatar a los ahorristas? Por supuesto no la “mano invisible del mercado”, no las “ventajas comparativas”, ni el temor al “riesgo moral” de los inversionistas; sino el Estado, el anteriormente vapuleado Estado que ha garantizado que los ahorristas, puedan retirar su dinero, mal administrado por los accionistas. Por si fuera poco, en las últimas semanas la Reserva Federal norteamericana ha prestado, a tasas de interés bajísimas, más de 600.000 millones de dólares para que los bancos tengan dinero disponible, ante los riesgos de corridas de depósitos que ha provocado esta inestabilidad bancaria.

Estamos, sin duda, ante las señales clarísimas del crepúsculo del modelo de acumulación predominante a escala mundial en los últimos 40 años. El propio FMI alerta cómo las encuestas mundiales confirman la sistemática declinación del apoyo social a la globalización (menos del 50%), y el incremento de quienes demandan medidas proteccionistas.

El mundo ya no va a volver a ser como antes cuando el globalismo era el entusiasta lenguaje común de las sociedades. Pero esto no significa que el reemplazo ya esté a la mano; al contrario, la única certidumbre que se tiene sobre el futuro es la incertidumbre y la perplejidad ante un futuro que se ha escondido.



"Hay una coincidencia de gobiernos progresistas que defienden las democracias, la lucha por más justicia social y que han puesto en el centro el debate en torno a la justicia climática. Es una oportunidad histórica de integración para poder tener una voz más fuerte y determinante en el contexto global".

Verónica Mendoza, Perú



Interregno y tiempo liminal

Esta etapa de la transición mundial de un modelo de acumulación y dominación hacia otro que aún no se sabe cuál será, tiene la cualidad de un tiempo histórico suspendido, desgarrado, sin sustituto visible. Gramsci le llamó el interregno; nosotros le hemos puesto el apellido de tiempo liminal.

Se trata de un momento en el que las sociedades “ya no creen en lo que antes creían”, se “apartan de las ideologías tradicionales”, pero no para abrazar nuevas creencias, sino para no abrazar ninguna; para descreer de todo, en medio de un generalizado “escepticismo difuso” y el predominio de la política cínica.

Este tiempo liminal tiene tres características.

La primera es la parálisis del horizonte predictivo con que la sociedad y las personas, las familias organizan su vida y proyectan, a corto y a mediano plazo, sus esfuerzos y sus expectativas. Las adhesiones, los entusiasmos por las antiguas ideas fuerza que encararon el porvenir, como fueron la privatización, el emprendimiento, la meritocracia, el esfuerzo individual, el libre mercado, etc.; hoy comienzan a desvanecerse en el mundo entero. El futuro imaginado que afianzaba lealtades y compromisos, desaparece. Solo hay un presente tedioso, perpe-

tuoso, que no conduce a nada. Es como si el tiempo histórico se hubiera detenido y solo existiera un presente que nunca acaba. La perplejidad y el desánimo se apoderan de la sociedad; el malestar es el ambiente que rodea todas las actividades de las personas. Estallan movimientos de protestas en determinados lugares y segmentos sociales; surgen adhesiones y entusiasmos por aquí y allá; pero son efímeros y luego vuelven a ceder ante el descrédito y la apatía de todo y frente a todo. El desasosiego ante un mundo de desafectos y sin destino lo cubre todo.

La segunda característica de un tiempo liminal es la divergencia de elites. Como el horizonte social, el horizonte predictivo compartido ha colapsado, los grandes consensos globalistas que cohesionaron a las elites políticas y culturales comienzan a desmoronarse. Las fuerzas políticas se fragmentan; unas se radicalizan y cada cual comienza a buscar por su lado su propia solución ante esta zozobra general. Surgen o resurgen propuestas de izquierdas y más de izquierda. Las derechas se escoran al extremo; el centro se empequeñece. Su fuerza nacía del consenso general de las elites y, ante su colapso, emerge entonces, el tiempo de derechas endurecidas y autoritarias que pretenden el regreso al orden que se desvanece; si es necesario a palos.

Este proceso de transición y subjetivación del tiempo de crisis puede

durar una o dos décadas, pero no es eterno. En algún momento habrá de surgir un tiempo de disponibilidad colectiva a nuevas creencias. Ninguna sociedad puede vivir en la perpetua incertidumbre de porvenir; tarde o temprano buscará aferrarse a una certeza que ordene el mundo. La que sea. Mediante aproximaciones sucesivas de adhesiones expansivas y repliegues temporales, las sociedades, las clases populares buscarán darle sentido y direccionalidad al mundo. Después de un interregno de desasosiego y estupor ha de surgir, más pronto que tarde, una voluntad a abandonar la perplejidad y la desafección por nuevas ideas fuerzas organizadoras del porvenir. Será el tiempo o los tiempos de la apertura cognitiva a un nuevo sistema de creencias movilizadoras de futuro. Cuando lleguen serán tiempos breves, intensos y reveladores, pero donde se ha de dirimir

el nuevo horizonte predictivo de las sociedades que, de tener un correlato parcialmente verificable en los avances de un nuevo orden económico a escala mundial, dará lugar al nuevo ciclo largo de acumulación económica y de legitimación política de los futuros 40 o 50 años.

Las aperturas cognitivas no tienen un destino preestablecido, son resultados aleatorios y dependen de las correlaciones de fuerzas políticas, discursivas, culturales y organizativas que están en pugna en esos momentos fundadores. La siguiente década, o la siguiente década y media, será decisiva en la definición de este nuevo ciclo histórico.

El progresismo latinoamericano es un síntoma más de este momento de ocaso del largo ciclo neoliberal planetario de los últimos 50 años.



Las oleadas del progresismo latinoamericano

A inicios del siglo XXI, América Latina ha atravesado una oleada de movimientos y gobiernos progresistas y de izquierda. Y hoy estamos en los inicios de lo que podría denominarse una segunda oleada progresista. La primera oleada progresista comenzó entre el año 2000 y llegó hasta el año 2015, con cambios políticos en Venezuela, Brasil, Argentina, Ecuador, Bolivia, Uruguay, Nicaragua, Paraguay y El Salvador. Gran parte de este primer ciclo progresista fue fruto de grandes movilizaciones sociales urbanas y rurales que cimbraron la estabilidad neoliberal, y dieron lugar a liderazgos carismáticos, rupturistas e inauguradores de una nueva historia en términos institucionales y discursivos. Impulsaron un conjunto de reformas posneoliberales que combinaron mercado externo con mercado interno, proteccionismo con librecambio. También llevaron a cabo una amplia distribución de la riqueza para sacar a muchas familias de la pobreza, de la extrema pobreza y para reducir las terribles desigualdades que aquejaban al continente. En tercer lugar, restituyeron un papel activo del Estado

como gestor económico y en algunos casos como propietario de empresas públicas. En los procesos más radicales, reforzaron un protagonismo político de los movimientos sociales en la dirección de las políticas estatales.

Los resultados de la primera oleada progresista son más que evidentes. En términos del crecimiento económico, mientras que en el tiempo neoliberal, entre 1980 y el año 2004, las tasas de crecimiento del producto interno bruto (PIB) fueron del 2,2%; entre el año 2004 al 2015 fue, en promedio, del 3,1%. La desigualdad medida en la escala de GINI entre 1980 y 2004 empeoró del 0,5 al 0,52; en tanto que entre el año 2004 al 2015 la desigualdad disminuyó del 0,52 al 0,46. La pobreza, en tiempos neoliberales llegó del 34% al 45% del total de la población latinoamericana. Del 2004 al 2015 pasamos del 45% al 29% de pobreza. 70 millones de latinoamericanos salieron de la pobreza, en tanto que los sectores de ingresos medios pasaron del 21% del total de la población al 34%. Sin duda fueron resultados importantes en términos de reducción de desigualdad y mejora de condiciones de vida de millones de latinoamericanos.

¿Cuáles fueron los límites de esta primera oleada progresista? El primero, el agotamiento de sus reformas, en parte por el cumplimiento de las mismas. Una parte importante de las personas salieron de la pobreza, otra parte de la

A black and white photograph of a man with dark, curly hair, a beard, and glasses. He is wearing a dark jacket and is looking slightly to the right. A microphone is visible in the foreground on the right side. The background is out of focus, showing what appears to be an indoor setting with some architectural elements.

“La construcción de la unidad de la izquierda surge de la constatación inicial de que solos no llegamos a ningún lado. Necesitamos construir herramientas colectivas que apuntalen y cimienten los cambios que se van a procesar”.

Alejandro “Pacha” Sánchez, Uruguay



extrema pobreza. Crecieron los sectores de ingresos medios; mejoró el consumo. Se amplió la educación pública gratuita, tanto escolar como universitaria, y se dieron pasos importantes en la universalización del acceso gratuito a los servicios básicos de salud. Allá donde la movilización social fue más intensa, se nacionalizaron recursos estratégicos, se mejoró muchísimo el salario de las clases trabajadoras y se reforzó la seguridad social. Con ello, gran parte de estas banderas del primer progresismo se cumplieron y, al cumplirse, se agotó este primer impulso de los procesos.

Como reflexionaron aquí los compañeros y las compañeras, esto también dio lugar a un fenómeno que no siempre fue comprendido por los líderes del primer progresismo. El éxito de sus reformas modificó parcialmente la estructura de clases sociales de los respectivos países. La emergencia de sectores populares, obreros, indígenas y campesinos hacia una condición de ingresos medios, un hecho de justicia histórica, ha transformado la estructura social, ha modificado el carácter de las nuevas necesidades, ha transformado mentalidades y ha promovido a nuevos sectores medios aspiracionales. Lo que no es un defecto. El defecto es no entender las nuevas aspiraciones de esos nuevos sectores medios y seguirles hablando como si estuvieran en la anterior posición de pobres o extremadamente pobres.

La mejora del consumo popular no es un delito; es una conquista colectiva. Los humildes no tienen vocación de ascetas y su bienestar pasa necesariamente por una mejora de ciertos consumos materiales. El problema es cuando no sabemos entender como ese consumo ha modificado sus expectativas, sus formas organizativas, sus maneras de construir adhesiones políticas y sus maneras de enmarcar discursos movilizadores. Uno de los errores del primer progresismo es no haber comprendido esta, su propia obra; porque esa clase media emergente de origen plebeyo e indígena, es una de las obras del progresismo.

La segunda limitación de la primera oleada es que se distribuyó la riqueza, había que hacerlo; pero no se modificó sustancialmente el propio sistema productivo y tributario que garantizara a largo plazo esa distribución. Se continuó produciendo como antes -algunas experiencias no fueron así-, aunque se mejoró notablemente la distribución social de esa riqueza producida. En vez de que la riqueza material se concentre en pocas manos o se vaya al extranjero se la distribuyó en la sociedad, especialmente entre los sectores más vulnerables; pero, con notables excepciones, no se modificó el sistema productivo sustancialmente; no se restablecieron bases industrialistas de esa redistribución. Y, claro, cuando cae el precio de las materias primas, los ingresos públicos se

achican, la redistribución de la riqueza se detiene o se retrae, la economía se deprime y el malestar social se acrecienta. Esto ha dado lugar a una pérdida del dinamismo económico del progresismo a partir del año 2014, 2015, 2016; y estas dificultades se han incrementado por la gran recesión que ha vivido el capitalismo mundial desde el año 2009 hasta el día de hoy.

Una tercera limitación que ha tenido el progresismo en la primera oleada ha sido las dificultades y los conflictos, visibles hasta el día de hoy, en el reemplazo de los liderazgos carismáticos, ya sea por exigencias legales o por renovaciones generacionales. En algunos casos esto ha dado lugar a fracturas en el bloque popular; en otros a un desgastante bicefalismo político y, en otros, a una parálisis interna de las reformas.

Con estas limitaciones, a partir del 2015, se han sucedido derrotas electorales del progresismo y un regreso temporal de fuerzas conservadoras en Argentina, Uruguay, Brasil, Ecuador y, en el caso de Bolivia, un golpe de Estado. Sin embargo, esta resaca conservadora no ha sido duradera y, a partir del 2019, se ha producido una segunda oleada de movilizaciones populares y gobiernos progresistas en el continente. Incluso, de mayor extensión geográfica, aunque, claro, de menor intensidad transformadora. Y considero que se trata de una segun-

da oleada progresista y no una simple coincidencia de gobiernos, pues cuando suman muchos (México, Argentina, Bolivia, Perú, Honduras, Chile, Colombia, Brasil), ya no es una casualidad. Están expresando un proceso político de fondo.

Sin embargo, esta segunda oleada que está emergiendo tiene características distintas a la primera oleada.

La primera, con excepción de Chile y Colombia, es que no son fruto electoral de grandes movilizaciones y protestas sociales, sino solo de victorias electorales. Y en el caso de Chile y Colombia vienen precedidas de grandes movilizaciones populares, pero ya en el momento del declive temporal de la acción colectiva; no en el momento de ascenso. Esto va a ser decisivo al momento de ejecutar una agenda de transformaciones sociales más radical con más legitimidad social y respaldo parlamentario. El repliegue social marca gobiernos sin mayorías parlamentarias propensos a alianzas con sectores centristas y con horizontes de lo decible en reformas mucho más acotado y moderado.

La segunda característica es que una gran parte de estos gobiernos recupera la gestión del gobierno defendiendo la continuidad de las reformas de la primera oleada y no propugnando nuevas reformas. De momento no hay voluntad a construir un mundo

mejor, sino a impedir que el que exista no sea peor. Esto incluye a los actuales progresismos de primera generación. Hay una ausencia de un gran proyecto transformador de la realidad económica-política y, por ello, una pérdida, esperamos solo temporal, del optimismo histórico del progresismo. Quizá la excepción sea Colombia, que esta pugnando por impulsar reformas de mayor envergadura.

La tercera característica de esta segunda oleada es que los liderazgos políticos son administrativos y se inclinan más por la moderación antes que los cambios. Ante la gravedad de los problemas buscan contemporizar con todas las fuerzas políticas y no antagonizar; no son liderazgos carismáticos, fundacionales, rupturistas ni constructores de un nuevo orden económico y político. No hay interés de crear un nuevo sistema político

sino de estabilizarlo y formar parte de él, bajo la forma de bipartidismos polarizados o nuevo centro polarizado.

La cuarta característica es que tienen al frente a unas viejas y nuevas derechas radicalizadas y mucho mejor organizadas que en la primera oleada. Las derechas se han escorado a la extrema derecha como reacción de las elites privilegiadas, de clases medias y, en algunos casos de sectores populares tradicionales, hacia las políticas de igualdad impulsadas en la primera oleada. En algunos países donde no hubo primera oleada, son la reacción preventiva contra políticas de igualdad que debilitarían sus privilegios o sus reconocimientos. Por ello son derechas que se oponen a las políticas redistributivas del Estado. Son derechas que rechazan las igualdades sociales y se atrincheran en un apasionado fervor por la desigualdad. Son



derechas moralmente antagónicas al empoderamiento de indígenas, de trabajadores, de mujeres, de afrodescendientes.

Son derechas que criminalizan al migrante pobre y a los sindicalistas insumisos. Son, a no dudar, una derecha autoritaria, racista e iliberal. Y, si es necesario (Bolivia del 2019, EEUU del 2021 y Brasil del 2023) profundamente antidemocrática. A diferencia de la primera oleada, ocupan continuamente las calles, se movilizan; han conquistado supremacía en las redes sociales y han irradiado molecularmente sus centros de politización de clases medias, desde las ONG y las fundaciones, hacia las iglesias católicas o evangélicas ramificadas en bases territoriales. Es una derecha profundamente culturalista y política. Y no se puede perder de vista que expresan un proceso de politización conservadora de sectores medios y de fragmentos de sectores populares.

La quinta característica, es que en esta segunda oleada los progresismos enfrentan problemas de una crisis mundial más intensos y severos que durante la primera oleada. El COVID 19 redujo el crecimiento continental a -9 puntos porcentuales del PIB, contrayendo dramáticamente los ingresos fiscales; la inflación mundial que, en nuestros países, castiga a los sectores más empobrecidos; el endurecimiento de las tasas de interés de los bonos del tesoro norteamericano y de la banca internacional, que arruinan a los prestatarios del mundo y chupa los flujos de capital de inversiones; la

geofragmentación de la globalización que ubica a América latina en el vórtice de la caótica transición mundial de modelo de acumulación y de dominación a otro.

Este tiempo es más complicado que el de inicios del siglo XXI. Pero todo tiempo siempre es complicado. Y los progresismos y las izquierdas salen de su marginalidad política precisamente en tiempos complicados, si es que tienen la capacidad de proponer cursos de acción posibles que las derechas no se atreven a dar, y ni siquiera a pensar. En tiempos normales de consenso de elites y estabilidad social, la izquierda no tiene oportunidad de ser tomada en cuenta por la población. Por eso, lo importante es no empequeñecerse ante la complejidad de los problemas; es saberlos entender y encontrar las vías audaces de su transformación.

La sexta característica de esta segunda oleada, que complejiza aún más el entorno, es que paradójicamente a la adversidad económica externa, tiene un contexto internacional políticamente más favorable o tolerante hacia reformas posneoliberales que, tímidamente comienzan a practicarse en EEUU y, en menor grado en Europa. A inicios de siglo, la oleada progresista latinoamericana fue como un rayo en cielo despejado, un oasis en medio del desierto neoliberal planetario. Hoy no. El neoliberalismo global está en retirada, deshilachándose por acá y por allá. Perdura, pero ha extraviado su capacidad de capturar el optimismo histórico.

Los retos de la izquierda continental

Veamos ahora algunos de los problemas que la nueva oleada debe remontar para consolidarse. Quizás ahora, como parte aún de este segundo flujo; o en una tercera oleada. Porque es probable que aún asistamos a varias oleadas, ya sea de carácter conservador como progresista o revolucionario, en tanto el orden mundial de acumulación y legitimación no se redefina de manera duradera. Y el orden mundial no se va redefinir sino en una o dos décadas, tal como sucedió en los años 30 hasta los 40, o en los 70 y los 80 del siglo XX.

Primer problema a enfrentar: mejoras rápidas y visibles en los ingresos económicos y en los accesos a servicios públicos de las clases populares de cada país. Esa es la expectativa principal e inmediata que debe ser satisfecha por el progresismo en momentos en que la inflación, la pandemia y las angustias económicas afectan a la población. Esto no es todo lo que debe ser resuelto, pero te permite un colchón de estabilidad social y de respaldo para la aplicación de medidas de mediano a largo plazo en otros aspectos de la vida cotidiana; reconocimiento, derechos, seguridad pública, transición energética, industrialización, etc.

Hay que dejar de lado el credo liberal, añejo, enmohecido de ajuste y austeridad fiscal. Las economías más avanzadas tienen en promedio un endeudamiento del 100% al 150% sobre su PIB y a pesar de eso están implementando planes multimillonarios de empleos, en modernización de obras públicas -EEUU-, subvencionando su energía -Europa-, subvencionando sus industrias estratégicas de softwares, energías limpias, inteligencia artificial -EEUU y Europa-.

El segundo reto es darle sostenibilidad en el tiempo a las reformas sociales para que no dependan de las fluctuaciones de los productos de las materias primas. Esto significa procesos de reindustrialización selectivos a gran escala, y masivos en pequeña escala. El continente necesita un shock de industrialización de materias primas, de alimentos, de energías verdes, de química básica, de electrodomésticos, etc. Pero también, un shock de industrialismo en los ámbitos micro del consumo local, en la artesanía, en las pequeñas empresas, en los servicios, que es donde se ubica la mayor parte de la población laboriosa.

El tercer reto es contener la expansión de las extremas derechas. Y eso

A black and white photograph of a man with short, dark hair, wearing a light-colored shirt with a patterned collar. He is shown in profile, looking towards the right, and is speaking into a microphone. The background is blurred, suggesting an outdoor or public event setting.

“Nuestra región atraviesa una redefinición en 3 factores, que se dan en simultáneo. El avance de la multipolaridad global, la aparición silenciosa de la derecha populista y la reconstitución de victorias electorales de proyectos progresistas”.

Andrónico Rodríguez, Bolivia



no se logra cediendo ante ellas, contemporizando o moderándose ante su soberbia autoritaria, Al contrario, este es tiempo en que la moderación favorece las fuerzas conservadoras y reaccionarias. Y es así porque la moderación no logra resolver las angustias de las clases populares y, ante esa inoperancia, la búsqueda popular de una solución rápida y efectiva a esas necesidades angustiantes ha de desplazar la adhesión de segmentos populares hacia propuestas ultra derechistas que ofrezcan resolver hoy esas demandas, de la manera que sea; pero resolverlas. Y así como el neoliberalismo recalentado y rancio no puede lograr victorias duraderas porque solo se dedica a repetir reformas conservadoras fallidas y decadentes de los años 90 (Argentina y Brasil son ejemplo de esto con Macri y Bolsonaro), dando lugar a una hegemonía de patas cortas, el progresismo moderado tampoco logra, o va a lograr una hegemonía duradera, si no resuelve las aflicciones básicas de la mayoría de la población; con lo que podría dar lugar a un periodo de victorias cortas y derrotas cortas, también del progresismo. Es decir, de hegemonías fragmentadas y discretas.

Esta segunda oleada progresista se halla en medio de una doble paradoja. Por ahora, es un progresismo moderado en medio de una multicrisis mundial extrema que demanda audacia para ser remontada. Quizá el progresismo

moderado hubiera sido eficiente en momentos de estabilización de la economía mundial. Pero, cuando la crisis es extrema, la actitud moderada es un contrasentido; es una contradicción que conduce o habrá de conducir a hegemonías de corta permanencia. Lo complicado es que cuanto más se paralice el progresismo o retroceda ante la complejidad de la crisis, más se crean condiciones de apoyo social a salidas autoritarias, ultra derechistas, que reivindican que “ellos” sí pueden resolver la incertidumbre y las afectaciones que pesan sobre la población. Aunque para eso haya que atravesar un río de dolor y sangre.

Así como decíamos que la política es la lucha por el monopolio de las esperanzas, la política es también la lucha por el monopolio de la certidumbre de la población; y cuando las viejas certidumbres se derrumban, cuando el viejo sistema de creencias se debilita y entra en disputa, el proyecto económico-político que, con el tiempo logre afianzar una certidumbre a la cual las personas puedan aferrarse con todas sus energías, habrá de definir el curso de la hegemonía duradera para las siguientes décadas.

El día de hoy me tocó oír algunas reflexiones a lo que podrían ser algunas reformas para potenciar el progresismo continental y yo las retomo en lo referido a los liderazgos y a una economía que no sea extractivista, en fin.

Ahora voy a mencionar otros 6 elementos más para el debate.

Las fuerzas progresistas y de izquierda latinoamericana están convocadas a remontar este impase hegemónico recuperando lo mejor de la primera ola, pero superando a la vez sus limitaciones y resultados. Deben sobreponerse con vigor y audacia a la indeterminación del tiempo liminal; empujando el cauce de la historia hacia un modelo o un ciclo largo de acumulación económica y de legitimación política, sustentadas en la igualdad social, la ampliación de derechos y el protagonismo plebeyo de la gente sencilla y humilde en el Estado.

Las siguientes son algunas referencias de lo que podrían ser pilares del nuevo ciclo económico de la segunda oleada o de reformas de segunda generación del progresismo. Las menciono no por un afán normativo de adecuar la realidad a las ideas; sino porque de manera difusa ya han comenzado a emerger en los debates dentro la sociedad.

1. Una profunda reforma tributaria de carácter progresivo. América Latina tiene en promedio una tasa impositiva de 20% al 27% dependiendo el país respecto de su PIB, en algunos casos sustentados en el IVA que afecta más a las clases trabajadoras porque grava el consumo básico. En Europa la presión tributaria llega al 37% del PIB y en momentos posbélicos y grandes cri-

sis económicas, para superar la debacle económica después de la segunda guerra mundial, en EEUU se llegó a una presión tributaria del 80% sobre las ganancias de las personas con más dinero. En estos tiempos de grandes necesidades colectivas y sequía de inversiones externas debido a las altas tasas de interés impulsadas por las grandes potencias, hay que motorizar la economía desde el Estado, hay que aumentar la inversión pública productiva; y ese dinero solo puede provenir de los impuestos progresivos a los ricos.

Según la CEPAL, en América Latina el 10% más rico solo tributa el 5,4% de sus ingresos. Es una locura, es indignante, es criminal. Hay que aplicar impuestos progresivos a las grandes fortunas, a las ganancias elevadas y extraordinarias, a la banca y las finanzas. Hay un solo país que tiene un impuesto del 50% sobre sus ganancias en América Latina (Bolivia). En el resto, la banca y los sectores financieros tributan menos del 20% en promedio. Hay que aplicar también impuestos progresivos a la gran propiedad de la tierra, a los dineros reubicados en paraísos fiscales, etc. Aquí hay un espacio tributario muy importante para trabajar. La CEPAL ha hecho anteriormente sustantivas propuestas sobre esto y el progresismo debe asumir este tipo de recomendaciones. Hasta el Fondo Monetario Internacional en sus contradicciones de globalismo y

desglobalismo también recomienda subir los impuestos a los más ricos.

2. Repatriación de las fortunas de paraísos fiscales. América Latina es un exportador neto de capitales a paraísos fiscales. El economista Gabriel Zucman -que trabaja con Thomas Piketty- hace un cálculo que cerca del 27% de la riqueza privada de América Latina está en paraísos fiscales. Estos recursos deben regresar a los países para dinamizar la economía privada, de ellos, pero en el país, no afuera. Hay mecanismos de amnistía económica, de sanciones a evasiones impositivas que pueden ayudar a imponer esta repatriación. No estamos hablando de poco dinero.

3. El Estado debe controlar grandes proyectos productivos que generen excedentes económicos, en hidrocarburos y en energía. Recientemente el presidente López Obrador ha nacionalizado la generación de electricidad, y no se trata solamente de una acción de soberanía energética; es un hecho económico, de control de flujos monetarios. Hay que controlar grandes excedentes económicos para reinvertirlos en la sociedad. Minerales estratégicos, litios, oro, tierras raras.

Un Estado promotor de proyectos productivos de pequeñas y medianas empresas vinculados a mercados externos e internos. El economista Dani Rodrik llama a esto un nuevo productivismo, más preocupado en producir, en el impacto en la oferta que en la demanda.

4. Reconversión energética, en un camino a una transición al no extractivismo. Está claro que América Latina no puede romper con el extractivismo de una vez para siempre; necesita un período de transición porque no tiene al alcance mecanismos que sustituyan el conjunto de recursos económicos que satisfagan las demandas básicas de las personas. América Latina posee el 60% de las reservas del litio del mundo, el 40% del cobre y las economías avanzadas se han propuesto alcanzar 0 emisiones netas de CO2 para el año 2050. EEUU y Europa han destinado para las siguientes décadas 3,5 billones de dólares -millones de millones de dólares- para sustituir combustibles fósiles, principalmente para su parque automotor. Hoy de los mil millones de carros que hay en el mundo solo el 2 al 4 % es vehículo eléctrico y las economías avanzadas se han propuesto que para el 2030 del 20% al 25% de su parque automotor sea eléctrico. El Banco Mundial calcula un incremento del 300% al 400% del volumen bruto de los minerales necesarios para esta transición energética y, en el caso del litio, se habla que se va a necesitar un incremento del 1000% de la producción para alcanzar este 20% al 25% del parque automotor eléctrico. Ha de haber un nuevo ciclo largo de demanda de minerales asociados a las altas tecnologías. América Latina puede proponerse electrificar al 50% del parque automotor mundial y garantizar baterías necesarias para la sustitución de combustibles fósiles por energías renovables. Es una gran oportunidad para superar la historia

colonial de ser solo exportadores de materias primas.

Para ello el Estado debe proponerse como accionista no sólo de la extracción de la materia prima, sino -y esta es la clave del negocio- de la cadena productiva que va desde el salar hasta el auto vendido en París o en Shanghai. La mayor rentabilidad no está en la materia prima. Las grandes ganancias están en la cadena que va de la salmuera al carbonato de litio, al hidróxido de litio, al litio metálico, a los cátodos, a las baterías y finalmente a los autos. La sumatoria de esa cadena es el gran negocio.

Tenemos que apostar a convertir a nuestros Estados en socios del conjunto del negocio de la cadena productiva, no meramente en productores de materias primas que ofertan por su lado y por su cuenta la expor-

tación de un mineral estratégico. Esta mega cadena de transición energética que va a mover al mundo solo se pone en marcha y depende del litio, que está en nuestros salares. Pero la gran ganancia no está en la venta del litio, sino en su industrialización y venta como auto eléctrico. Por ello hay que cambiar el chip de la manera de insertarnos en esta revolución técnico-productiva. Los Estados, propietarios inalienables de los salares y el litio, deben ser accionistas de mega empresas por acciones encargadas de sacar el litio, procesarlo, fabricar baterías y automóviles. La extracción del litio debe ser parte de su aporte accionario en esa mega empresa de fabricación de baterías y de autos eléctricos. Puede ser el 40 o el 50% del total del paquete accionario. Y entonces, el Estado deberá recibir el 40 o 50% de cada eslabón de la cadena productiva: del carbonato de litio, del



litio metálico, de los cátodos, de las baterías, de los autos. De esa manera los Estados entran en otra lógica de la gestión económica y del uso de sus recursos naturales. Los industrializa, pero también es copartícipe de la cadena de valor que es tanto o más elevada cuanto más valor agregado va acumulando hasta la venta de autos. Industrializar en nuestros países de origen; fabricar un porcentaje de los cátodos, de las baterías. Allá donde se pueda, producir los automóviles. Regular regionalmente el precio del litio en el mercado mundial, etc. Esta es una muy buena oportunidad para ir creando una base material industrial de la integración. Porque la integración no puede depender simplemente de la voluntad de gobernantes, que es temporal, para asociarse, reunirse y hacer conferencias de prensa.

La integración continental también debe transitar o consolidarse si vamos construyendo franjas materiales de asociatividad regional. Y eso son cadenas de valor articuladas, productores de litios, productores de automóviles. Cosas parecidas se pueden pensar con el tema del cobre, con las tierras raras y otros minerales estratégicos.

También hay que impulsar la creación de complejos industriales de carácter privado y estatal para los insumos necesarios para la purificación del litio y su industrialización. En el caso de

Bolivia habíamos calculado que solamente para extraer carbonato de litio, litio metálico con un grado de pureza 99%, se necesitan 54 fabriquetas que generen los insumos necesarios para el procesamiento. Imaginen el conjunto de industrias que se necesitan para elaborar cátodos, para producir baterías o para fabricar autos eléctricos. Esto último es posible en Argentina, Brasil o México.

5. Agricultura sustentable. América Latina tiene 86 millones de personas con hambre y en el mundo hay 193 millones en la misma situación. El precio real de los alimentos del año 2000 al 2022 se ha incrementado 66%, al margen de las fluctuaciones extraordinarias que se dan de rato en rato, como cuando se produjo la invasión de Rusia a Ucrania. Los cultivos permanentes de América latina son del 4 al 8% de su territorio, los cultivos permanentes de la unión europea son del 14 al 20% de su territorio. Y si bien son sociedades industriales, son también extractivistas, utilizando una parte considerable de su territorio para la agricultura. En EEUU el 17%. Tenemos claramente un amplio espacio para la utilización sustentable de una agricultura pequeña y mediana, apoyando con sistemas de riego, con créditos, con tecnologías, con acopio, etc. La agricultura es y seguirá siendo una gran fuente de desarrollo y de productivismo de nuestro continente.

6. Articular el capital bancario con el capital productivo. En ello, estoy recogiendo maliciosamente la vieja frase de Lenin, pero en otro contexto. ¿Cómo articulamos desde el progreso capital bancario con el capital productivo y por qué? Porque se necesita direccionar los ahorros sociales depositados en la banca hacia la producción y no a la especulación. Para ello, se puede establecer por ley un porcentaje de las carteras de crédito que obligatoriamente tiene que dirigirse al sector productivo pequeño y mediano; agricultura, industria, construcción, energías, etc. Además, se debe establecer una tasa de interés baja, similar o menor a la inflación anual, para esos créditos productivos. ¿Se puede? Sí, lo hemos hecho en Bolivia. Por ley, el 65% de la cartera total de todos los bancos privados y estatales obligatoriamente tienen que ir al sector productivo; el resto para el comercio, o lo que quieran. Es posible y necesario encausar la banca hacia un nuevo industrialismo continental.

Lo importante de estas y otras medidas que estamos debatiendo, y de las que hay que recoger del debate de los sectores populares, es crear una base productiva duradera y ecológicamente sustentable para redistribuir la riqueza común de la sociedad y ampliar nuevos derechos colectivos. Al hacerlo, simultáneamente, se logrará promover un nuevo horizonte de futuro movilizador, garantizar el apego de-

mocrático de la población, a fin que la democracia y el protagonismo social estén asociadas a la igualdad y la justicia económica.

América Latina y el mundo están en medio de ese vórtice de la transición de la economía global a otro modelo, más fragmentado. Es un vórtice caótico y lleno de incertidumbres, atravesado de perplejidades y complicaciones, pero es a la vez un gran momento fundador en que se disputan los pilares del nuevo orden social que, con el tiempo, luego de una década o dos habrán de llevar a las sociedades a su estabilización para los siguientes 40 o 50 años.

Por eso es un momento histórico excepcionalmente privilegiado para la generación que está hoy en la plenitud de su vida y está obligada a comprometerse, a arriesgarse, a quemarse en los fuegos de este tiempo fundador de futuro.



A black and white photograph of Gabriela Rivadeneira, a woman with her hair pulled back, speaking into a microphone. She is wearing a patterned top and large hoop earrings. The background is slightly blurred, showing another person's face.

“No se trata solamente de ganar elecciones, sino qué tanto somos capaces de transformar las realidades de nuestros pueblos, para lograr que esas transformaciones representen ciclos que puedan perdurar en nuestros países”.

Gabriela Rivadeneira, Ecuador



Coordinación ejecutiva **Red Futuro**

Ariel Navarro – **Argentina**

Colombia – María José Pizarro

Mariana Prado – **Bolivia**

Ecuador – Gabriela Rivadeneira

Juliano Medeiros – **Brasil**

Perú – Verónica Mendoza

Carlos Figueroa – **Chile**

Uruguay – Daniel Caggiani



Diseño editorial y de marca

Volcan Creative Studio

www.wearevolcan.com

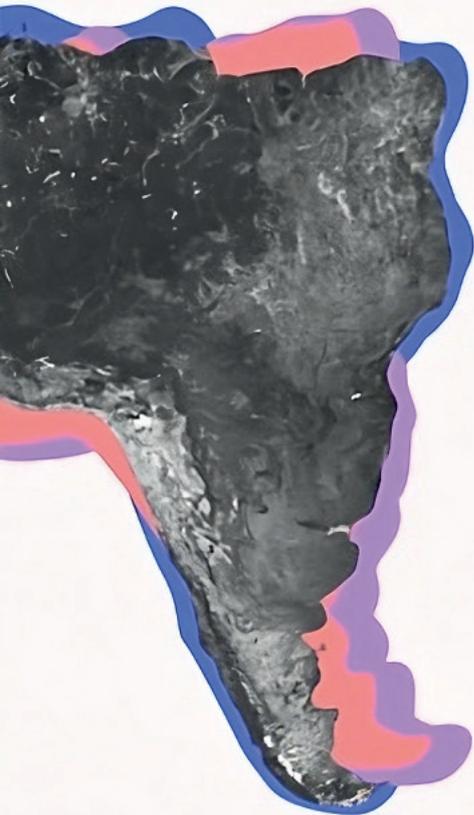
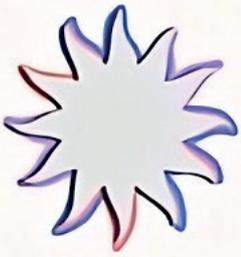
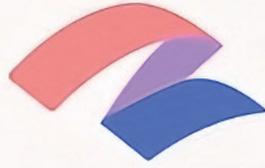
info@wearevolcan.com

IG: @wearevolcan

Fotografías

Macarena Energici

IG: @fotografa.feminista





Es un momento histórico excepcionalmente privilegiado para la generación que está hoy en la plenitud de su vida y está obligada a comprometerse, a arriesgarse, a quemarse en los fuegos de este tiempo fundador de futuro - **Álvaro García Linera**